

PERIÓDICO SATÍRICO DE CIENCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Monier, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidas FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

EL SUSTO DE PLUTÓN.

Después de un enojoso día de invierno, de aquellos en que sin decir *agua va!* se complacen las cataratas del cielo en convertir á los hombres en animales anfibios, retiréme yo á mi bohordilla con la cabeza pesada merced á las influencias de la humedad y al aturdimiento que produce el hastio de esos días en que para matar el tiempo se charla sin tino ni conexión de una porción de cosas heterogéneas. Despejéme tranquilamente de mis vestiduras y colocado en la cabeza el imprescindible gorro de dormir zampóme boníticamente en aquel para mi duro campo de batalla, porque como al poeta francés que así llamé al lecho sucedíeme también que soy muy propenso á los insomnios y á las pesadillas cuando tengo la fortuna de dormirme. Como para conciliar el sueño necesitó el narcótico de alguna lectura ~~conveniente~~ aquel que entre mis libros me pareció más á propósito, un opúsculo homeopático.

A lo metafísico y tenebroso de tal lectura, reuniase el lúgubre tono de la luz de mi belón, cuyo pábilo erizado de esas rosetas carbonosas que forma la trabajosa combustión del aceite en tiempo húmedo, daba á su llama un tinte rojizo y sanguinolento: y fué tan poderosa la influencia de estos accesorios, que mis párpados principiaron á estenderse gravemente sobre los ojos antes de la hora acostumbrada. En estos dulces momentos la imaginación antes de adormirse dentro de la cabeza dormida ya; libre de la atención que por su facultad perceptiva les debe á los sentidos, oficiales de secretaria que en este caso son los que primero han cerrado sus despachos, llamando á su auxilio á la memoria archivera de sus impresiones se entretiene todavía un momento antes de abandonar el cerebro á un completo reposo en formar un breve epílogo de todos los sucesos y pensamientos que le han afectado en el período de actividad de aquel día. Aparece entonces en rápido torbellino una porción de ideas que tomando á veces una apariencia material y corpórea, constituye ante nosotros por una serie de metamorfosis el caleidoscopio de nuestra vida moral de aquel período.

Habíame caído de la mano el opúsculo homeopático, por efecto de su propia pesadez, pero las líneas del último párrafo que había leído tomando en mi imaginación la forma real de esos alardes de los dibujantes caligráficos en que cada letra está representada por un monito ú otro avechicho inclasificable, principiaron á pasar y repasar delante mi vista mental en una danza fantástica haciendo muecas y chocándose y variando de colores y proporciones con una rapidez maravillosa. *«Dichosa la humanidad—leía y releía yo—el día en que la espermentación pura haya dado á conocer todas las materias activas homeopáticamente, pues entonces...»* y de repente cuadrándose doce de los monitos que figuraban las letras, con la precisión é inmovilidad de un cuadro vivo representaban la palabra *«inmortalidad»*: y tan pronto como yo la había leído se dispersaban saltando y brincando. Yo no sé

24 DE ENERO.—1851.

si sería aprensión pero el monito que puesto en cruz figuraba la *t* y que tenía trazas de ser uno de los más sabios y formales se me figuró que se hallaba muy á disgusto entre sus compañeros.

—Efectivamente; comentaba el yo despierto que aun medio velaba dentro del yo dormido, —efectivamente, dichosa humanidad! —y como en el trascurso del día se había ocupado en las conversaciones del fósforo y del vapor y de la lluvia. —Dichosa humanidad del siglo XIX; repetía; el fósforo te ilumina; corres, andas y vuelas con el vapor, has inventado las botas impermeables de piel de perro y los paraguas de resorte y de bolsillo! —y entonces á la luz de una cerilla fosfórica (macho) de la fábrica de P. Lizarbe y compañía en Cascaete pasaban delante de mí vapores de 80 cañones de 4 90, convoyes de camiones de hierro y polos gigantescos, cosas inmensas alas movía también el demonio del vapor, —y después de todo esto, dichosa humanidad del siglo XIX de homeopatia te vi á dar la... —y los doce monitos se contaban en un siempre mal humorado y fuera de lugar el de la *T*. —La inmortalidad! por vida de tantos, que en cuanto lo sepan Plutón y todos los diablos han de darse á todos los demonios! —Pardier que sería digno de ver el gesto que pondría su diabólica magestad cuando se apercibiera de la morisqueta!

—A esta altura de mis elucubraciones debí quedarme del todo en todo dormido porque libre sin duda mi imaginación emprendió, creo que por curiosidad, el camino seguido en otros tiempos por el cantor de Tracia, por el héroe pio de Virgilio, por el espíritu del Dante, y por algunos otros que no recuerdo: y no se como ni por cuales caminos encontréme de manos á boca nada menos que á bordo de la de Caronte con los emigrados de la última reinesa. Asustéme por cierto pues no estaba muy seguro de haberme echado en el bolsillo la indispensable moneda con que el viejo barquero acostumbra á hacerse pagar el flete, pero recordé que según Virgilio se pagaba antes de entrar y concluí mi silogismo diciéndome; yo estoy dentro, luego yo he pagado.

Después de pasar el Leteo creía yo que como le sucedió á Eneas antes de llegar al Tártaro tendríamos que atravesar á pié los Campos Elíseos, pero el espíritu de reforma ha penetrado también allí, y desde el desembarcadero de Caronte hasta la boca del Tártaro se ha construido por orden de Plutón un camino de hierro para mayor comodidad de los viajeros infernales.

—Caspita! decía un muertecillo hablador único que en toda la travesía había roto el silencio, hasta aquí vamos bien y mi muger se llevó chasco. —por que es de advertir que siempre que había hablado, había manifestado hácia su muger un odio póstumo indigno de un difunto. Apenas entramos en el convoy, principié á notar á uno y otro lado del camino grupos siniestros que se multiplicaban á medida que nos acercábamos á las zahurdas de la residencia infernal.

A la puerta del palacio de Plutón había un motín, un verdadero pronunciamiento de todos los demonios.

Mueras, votos, gritos, voces maldiciones espantosas y otras muchísimas cosas endemoniadas y atroces.

—Alto! alto! gritó una legión de energúmenos al conductor del convoy —abajo, abajo, que nos digan, que nos cuenten!.. Hizo alto el convoy: como cuántos vienen? preguntó un diablillo zambo que parecía uno de los agitadores de aquel tumulto. —Los mismos que siempre! —Contestó con gravedad el diablo conductor, que por lo rojo y por lo serio parecía un diablo inglés. Esta respuesta logró calmar un tanto la efervescencia de aquellas masas. Nuestro muertecillo hablador todo temblando de miedo preguntaba á unos y á otros la causa posible de aquel meeting diabólico mas como todos eran muertos recientes y novatones ninguno supo darle razón.

Pero abriéndose de repente aquellas compactas masas principiaron la mayor parte de los diablos á acomodarse en anchas ruedas y traidos de las carvas á la luz de resinosas teas, comenzaron una danza pírrica al compás del siguiente coro.

Sus! á la tierra, á la tierra!
pasaporte! hagamos guerra
á esa terrible legión!
Porque si alcanza algun día
perfección la homeopatía
se acabó la comision!
Eso de inmortalidad,
es una barbaridad!
déjanos salir, Plutón!
Sus! á la tierra á la tierra!
¡ pasaporte! hagamos guerra
á esa terrible legión!

—Tá! tá! tá! tá! —prorumpió mi compañero de viaje, —las fanfarronadas homeopáticas han puesto en conmoción á estos pobres diablos, yo puedo ser buen testigo de que....

Rechinaron en aquel momento las puertas de hierro del alcázar del rey de los abismos y en lo alto de su pórtico apareció terrible y amenazadora la deidad de aquellas regiones seguida de toda su corte. —Qué pedis? gritó con voz de trueno, hablad! —Encarámose sobre otros cuatro un diablillo charlatan y travesuelo, y dijo de esta manera. —Poderoso señor, la Homeopatía hija espúrea y emancipada de Esculapio amenaza á tus reinos con la más espantosa usurpación; la inmortalidad de la raza humana va á ser muy pronto una verdad; cuando los hombres al morir se nos venían solitos y por su pié, no-rabuena que no tuviéramos pasaportes para la tierra, pero si ahora no han de venir ya mas por el camino de la muerte, si nos falta ya trabajo, preciso es que se nos den para irlos á buscar á ella y para estirpar la semilla de esa peligrosa ciencia cargando de una vez con todos sus sectarios. —Hurrah! pasaportes! Sus! á la tierra! —Contestaron en coro todos sus amotinados compinches.

Con solo un ademan impuso silencio el dios de las tinieblas y no hubo diablo, grande ni chico que dijera esta boca es mía.

—Responded —añadió á uno de sus ministros ó